

MARAVILLAS ECHEVERRÍA JIMÉNEZ

Educadora



Foto: Blas Campos

Fue su cuñado quien le informó de que, en la Asociación La Majarí, solicitaban una mujer gitana casada que supiera leer, escribir y, además, su prestigio entre su propia comunidad estuviese probado. Además, se requería capacidad para relacionarse, sin inconvenientes, con payos. Maravillas cumplía todos los requisitos para convertirse en mediadora social y, posteriormente, en agente comunitaria de salud.

Hasta que su hija mayor contrajo matrimonio, formó y cuidó a sus ocho descendientes. "Como ama de casa no quería más. Vivía aislada, con mi familia, y punto. Nunca me planteé que algún día llegaría a mi situación actual. Curiosamente, a los primeros que tuve que educar fue a los míos. Atendía la casa, los niños y, además, trabajaba. Iba de un lado para otro; me costó mucho. Así que les planteé que, o lo dejaba, o yo no seguía así. Y desde entonces no hubo ningún problema. Además, el aporte de dinero no les venía mal."

Hasta los 37 años, Maravillas desconocía la diversidad de programas destinados a mejorar la situación de la mujer gitana. De hecho, nunca se había beneficiado de ningún curso o acción, ya que su contacto con el asociacionismo era inexistente. "Comencé a trabajar con el seguimiento escolar y con los padres. Hace más de un década, ningún niño gitano con tres años estaba matriculado en el colegio. Mi labor consistía en motivar y concienciar a los padres, matricular a los niños, ver las faltas de asistencia... No tuve ningún problema, aunque reconozco que al principio apuntarlos era un logro. He estado en este proyecto durante seis años." Su experiencia profesional le ha ayudado a definir los principales problemas que subyacen en el entorno formativo. Por un lado, la nula motivación de los padres que, obviamente, se proyecta en los hijos. Por otro, la visión del colegio como una cuestión secundaria e innecesaria.

Sus argumentos para combatir la situación eran claros. A la cuestión legal, que obliga a la escolarización de los niños hasta los 16 años, se unía la reflexión de que el colegio no afecta a los pilares de la cultura gitana. "Fui abriendo camino, a pesar de que considero que el verdadero cambio lo ha hecho el gitano por la variación de vida. Aunque hay peros en cuanto al nivel educativo, no hay comparación respecto al pasado. Desde los colegios también se ha trabajado, por lo menos para tener un seguimiento con las familias. También han influido las trabajadoras sociales, las asociaciones gitanas... Siguen quitando a las niñas y ante el miedo diría que no pasa nada. Estoy a favor de que continúen, ¡si no, de qué sirve mi trabajo! La formación es necesaria, obligatoria y buena... sin ella no vas a ningún sitio."

He roto la costumbre
de que la mujer gitana viuda
tenga que estar en su casa

Con apenas seis años, un día, en una de las calles de Espasa de Galar, unas manos de muchachas adolescentes cogieron las suyas y la llevaron al colegio. "Digo yo que habían hablado con mi madre. Me encontré en un sitio cerrado con más niños, una escuela rural con todas las edades mezcladas y una maestra más mala *que pá qué*. Tenía muy mal genio y, aunque me decía que era muy lista, se ensañaba conmigo y me echaba en cara que era gitana. El día que llegué a casa con cardenales en las piernas tras haberme pegado con una vara, mi madre se enfrentó con ella y armó la marimorena. Entonces nos tuvo más respeto. Estudié hasta los catorce años, lo dejé y comencé a ayudar en mi casa."

Maravillas llegó a la citada localidad de noche, junto a sus padres y seis hermanos. Fue una incursión soterrada, teñida con lo fantasmagórico de la prohibición. Un misterio en su memoria infantil que conserva hoy aclarado con sus seis décadas sobre la espalda. El alcalde quiso comprar la casa adquirida por el señor Echeverría para que ningún gitano se mezclara con los del pueblo. Con estos antecedentes, es de suponer que viviera situaciones un tanto racistas. "Se negó a venderla. Mi padre era tratante de bestias y luego se dedicó a los trabajos del campo. Que yo recuerde siempre he vivido en un pueblo y en mi infancia ha habido de todo. He sentido discriminación, en mi familia y en el entorno cercano. Cuando nos trasladamos a la localidad hice amistad con gente, pero también sentí el rechazo. Hasta que demostramos lo que éramos, gente de bien."

Y posteriormente, con 17 años, llegó el matrimonio. Una unión de conveniencia a la que en un principio se negó. "Desde la perspectiva de una mujer madura la cosa ha variado. Cada uno que se case con quien quiera, ellos deciden, aunque me gustaría que se casaran con gitanos." Tras 27 años de matrimonio, Maravillas enviudó. Una situación delicada que sólo se desvela al final de la conversación. "Ocurrió hace tres años. Continúo en mi trabajo porque a mi marido le encantaba y me apoyaba. He roto la dinámica de que la mujer viuda tenga que estar en su casa. El luto no me ha impedido trabajar ni con gitanos, ni payos. Al revés. He sido como un punto referente porque he tirado para delante. Creo que esto también demuestra el cambio que se ha producido. No he roto ningún pilar de la cultura, sino que lo he fortalecido. He dejado otra puerta abierta para seguir. Ahora se me considera todavía con mayor respeto y más valiosa. Espero que sirva para animar a otras mujeres gitanas a tirar hacia adelante, a superarse, a trabajar, a que saquen a su familia adelante, en especial a sus hijas."

Actualmente, Maravillas ejerce como agente comunitaria de salud. A raíz de un programa que se llevó a cabo en el casco viejo de Pamplona, la iniciativa se implantó en otros centros. "Soy una especie de mediadora, educadora, una agente de salud que supone un puente entre las dos comunidades. Se gestionan las demandas y se resuelven los problemas derivados del contacto con la administración. Determinadas personas no sabían cómo pedir la cita del médico. Se fueron abriendo caminos." Antes de iniciar este episodio, se estableció la dinámica de trabajar con grupos de mujeres. Maravillas, de hecho, creó el primer grupo en el barrio pamplonico de La Rochapea. "Se pensó en hacer algo con ellas, cursos de enganche que les interesaran para, posteriormente, incidir en otras cuestiones. Hicimos un listado de 12 mujeres que fuesen personas transmisoras. ¡Lo que nos costó! Nos juntábamos un día por semana, siempre teniendo en cuenta sus horarios. A veces sólo venían dos, tres, incluso ninguna. Muchas veces estuve a punto de tirar la toalla. Supimos que en el centro de salud de San Jorge se llevaba un programa con mujeres portuguesas. Y pensamos ¿por qué no con gitanas? Hoy por hoy, cientos de mujeres se han iniciado en cuestiones como la vacunación de los niños, la importancia de las revisiones ginecológicas, información sobre embarazo, parto y postparto, etc."

Su balance laboral es sumamente positivo. "No te puedes imaginar los estereotipos y prejuicios que he cambiado. Se llevan sorpresas de la idea que tenían. Muchas de estas mujeres trabajan en la actualidad. La mujer gitana de ahora no tiene nada que ver con la de hace 11 años. En general, la mentalidad es más abierta, aunque en algunos casos, dependiendo de las familias, están más estancadas. Se trata de vivir como cualquier otra persona, pero sin perder su identidad. Personalmente me siento muy realizada, tengo más expectativas, estoy muy formada y más segura. Voy con la cabeza bien alta y sé lo que soy. Considero que en mi comunidad he logrado un cierto respeto. Saben que siempre he estado ahí, he brindado ayuda y he sido una confidente para las mujeres. Valoro los pilares positivos de mi cultura. Y si encima está acompañado de una educación, mantienes tu tradición y tus raíces, es un orgullo. No obstante, la mujer se tiene que ir abriendo caminos, ser más autónoma, más independiente."

*Maravillas Echeverría Jiménez nació en Artieda, Navarra, el 14 de enero de 1955.
Su principal afición es la lectura y estar con sus hijos y nietos.
Una de sus asignaturas pendientes es terminar el Graduado Escolar.*